

Mi frente en alto

Guithel Birmaher Avalos

Esta foto que estás viendo, es la de una historia de guerra y despedidas. Es la historia de vida y muerte de mi familia, de mi abuelo y mi sangre. Boris Birmaher y Raquel Ledensnaider eran humildes campesinos rumanos de un pueblito llamado Besarabia; Polonia y Rusia disputaban su pertenencia.

Boris y Raquel tuvieron 7 hijos. El primero, Samuel; el segundo, Luis; la tercera, Lía; el cuarto, Jorge (mi abuelo); el quinto, Saúl; el sexto, Daniel; y la séptima, Gentlen. Vivían en las estepas para protegerse del frío; estas son áreas de escaso relieve con cubierta vegetal herbácea y clima seco. Su gastronomía era rusa. Tomaban té y comían en platos muy grandes. A sus 13 años, mi abuelo trabajaba de día en una tabacalera y en la noche, estudiaba.

Mi bisabuelo Boris tenía por costumbre mandar a sus hijos a América, al cumplir la edad requerida para prestar servicio militar. Así los protegía del conflicto. A Samuel lo mandó a Brasil, donde se casó, tuvo hijos y murió. A Luis lo mandó a Estados Unidos, y a Jorge (mi abuelito) lo embarcó con unos gitanos quienes lo ayudaron a irse de polizone en un barco con destino a Brasil, a escondidas de mi bisabuela Raquel. En el transcurso del viaje lo descubrieron y le dieron el oficio de ayudante de cocina. Mientras tanto en Rumania, Lía y Gentlen fueron llevadas a un campo de concentración.

A Lía le arrebataron su bebé de 9 meses y delante de su hermana, un soldado lo lanzó contra un muro. Gentlen perdió sus dos hijos entre uno y otro campo de concentración. Un día, Lía se levantó asustada, despertó a su hermana y le dijo que había soñado que las iban a matar esa mañana. Gentlen se escondió detrás de unas cajas y en ese momento, entraron los soldados disparando ráfagas. Lía no alcanzó a esconderse, y murió.

Gentlen se ocultó entre los cadáveres y cuando pudo, escapó. Durante muchos días, tuvo que comer pasto para sobrevivir. Tiempo después, terminó recluida en otro campo de concentración, ubicado en Rusia, mientras Saúl y Daniel sobrevivieron escondidos durante años.

A mis bisabuelos los amarraron a un árbol hasta que murieron de inanición; se sabe que les prendieron fuego junto con los muebles de la finca. Todo esto sucedió porque el gobernante de Rumania se había vendido a los alemanes y acusó a mis abuelos de haber vendido unas vacas a los rusos.

Cuando mi abuelito Jorge llegó a Brasil, se encontró con Samuel Zarcoski, se hicieron amigos y trabajaron juntos vendiendo paraguas y sombreros en alguna esquina. Mi abuelito compraba café, lo mezclaba con agua para que le durara y comía banano para remediar el hambre. Esa fue su dieta durante mucho tiempo. Se dedicó a ahorrar y pudo viajar hasta Colombia. En Cali, comenzó vendiendo telas de puerta en puerta a pie y luego, en bicicleta. Hasta que conoció a Isaura Grisales Vargas, mi abuelita con la que se casó y tuvieron muchos hijos. Doce en total.

Sobrevivieron Jaime (el mayor), Sonia (la segunda), Miguel Antonio, mi padre (el tercero), y el menor cuyo nombre era Elías. Tiempo después, Saúl y Daniel pudieron venirse en un barco. Mi abuelo les compró una casa en el barrio Granada y los puso a trabajar en una zapatería. Luego de varios años, Gentlen pudo hacer contacto con su hermano y comenzaron a mandarse cartas. Esto ocurrió entre los años cuarenta y cuarenta y dos.

Para ese entonces, mi abuelo había comprado el trapiche de mulas “El Cairo” y gracias a los ingresos del negocio, pudo hacer los trámites para traer a Gentlen a Colombia. Cuando ella llegó, estaba muy enferma; tenía problemas digestivos y cardiacos. Mi abuelo la llevó a vivir con sus otros dos hermanos, Saúl y Daniel.

Mi abuelito, Don Jorge Birmaher, como lo conocían todos, vivió la vida momento a momento. Disfrutaba hasta de los detalles más mínimos. Era muy alegre. También era leal y agradecido. Un padre y esposo responsable. Y seguramente, un excelente abuelo. Falleció a los 68 años de un infarto fulminante, una noche lluviosa, en una de sus fincas.

Como ve, la historia no es tan simple. Es una historia triste compuesta por momentos devastadores de una familia. Pero a pesar de los obstáculos, todos lucharon con fuerza, no perdieron la esperanza ni se dieron por vencidos. Esta historia que refleja la vida y muerte de una familia, me deja la frente en alto. Es la historia de los Birmaher, mi familia.